

**Reflexiones sobre
el castro de Monte Bernorio
(Palencia)**

por

ANGEL ESPARZA ARROYO (*)

(*) Dept.º de Prehistoria y Arqueología. Colegio Universitario de Burgos (Universidad de Valladolid).

Una reciente lectura de las Memorias de excavaciones del castro palentino de Monte Bernorio nos ha sugerido una serie de cuestiones que hemos considerado de cierto interés. Pretendemos solamente plantear algunos problemas, haciendo una invitación a los especialistas en la Edad del Hierro de cara a su resolución.

De los trabajos efectuados por el Dr. San Valero Aparisi —los únicos realizados en este yacimiento con rigor metodológico—, nos centramos en la campaña de excavaciones de 1959, en la que fundamentalmente se llevaron a cabo en las estructuras defensivas (1). En dicha campaña, San Valero practicó una cata en la muralla interna, hallando unos restos de cabaña fosilizados por la propia muralla. Así mismo, exhumó la estructura denominada "Castillete", especie de torre de planta angulosa y en la que hay un muro con un posible entramado de madera. Partiendo, pues, de la Memoria de excavaciones, queremos plantear los siguientes puntos: a) la construcción de los recintos; b) la cronología de la muralla interna; c) la presencia del entramado de madera.

a) *Problemática de los recintos.*

Una cuestión que debería ser aclarada es la de la cronología relativa de los recintos, ya que no se ha establecido si el recinto interno es anterior, posterior o contemporáneo del externo. Aparte la trascendencia que, para la datación de materiales arqueológicos po-

1. SAN VALERO, 1966,

dría esto tener, nos interesa ahora en cuanto a la evolución del poblado.

A falta de una excavación *ad hoc*, no sabemos si los recintos son o no contemporáneos. Teniendo en cuenta que la muralla interna fue construida sobre los restos de una choza, parece bastante probable que el recinto interno sea más moderno, aunque no habría que excluir radicalmente que, hasta muy avanzado el Hierro II, el Bernorio estuviese desprovisto de murallas, siendo levantadas éstas en fecha, como luego veremos, bastante tardía (2).

Para la mayoría de los castros con recintos adosados se piensa en una sola etapa de construcción: tal es el caso de Las Cogotas (3). En ocasiones es posible afirmar inequívocamente que el poblado experimentó una expansión: así, en Chamartín de la Sierra (4) o en Sabroso (5). Las razones de esta expansión podrían haber sido de índole económica (ganadería más numerosa), demográfica (población creciente), técnica (reforzamiento de un sector inseguro) o táctica (concentración de los defensores en un solo reducto). Pero en cualquier caso, parece pensarse generalmente en una ampliación, en la edificación de nuevas murallas exteriores a las existentes. Sin embargo en el caso de Monte Bernorio, no hay que descartar otra posibilidad: la muralla más reciente podría ser aquí la interna, que se habría levantado para redoblar la defensa de una pequeña parte del poblado. Estaríamos así ante una especie de acrópolis o último reducto que, según Schulten (6), incluye una fuente. La existencia del llamado "Castillete" estaría justificada quizá por la necesidad de controlar este reducto frente a un enemigo que hubiese conseguido asaltar el primer recinto.

b) *La cronología de la muralla interna.*

Para establecer la cronología de esta muralla, recurriremos en primer lugar a un criterio *estratigráfico*, hallando lo que parecen ser restos de una choza, que habría estado construida con ramajes y

2. Podría haber existido incluso una ocupación del Bronce Final, representada por el fragmento de un posible caldero de bronce, claveteado (SCHUBART, 1961, pp. 43-44, fig. 13A).
3. CABRE, 1930.
4. CABRE *et alii*, 1950.
5. HAWKES, 1971.
6. SCHULTEN, 1942, p. 11.

barro. La estratigrafía no es muy clara, excepto en un hecho que, naturalmente, fue advertido por el excavador: la choza es más antigua que la muralla (7).

Es interesante resaltar que entre los restos de la mencionada choza aparecen un hacha, un arado y una "cortadera de paja", de hierro, y —con mayor valor cronológico— un puñal correspondiente, a juzgar por el dibujo y por la descripción del inventario (8), al tipo Miraveche-Monte Bernorio y, concretamente a la variante que presenta la vaina rematada por un solo disco, y no la típica contera de cuatro discos. Ambas modalidades de vaina parecen ser contemporáneas, a juzgar por su asociación en tres presuntas tumbas de Miraveche (9). Schüle propone para este arma una cronología que abarca los siglos V-III aC. (10), de modo que la muralla podría fecharse en esos siglos y también con posterioridad al III.

Por otra parte, junto al puñal apareció, además, "...cerámica a mano negruzca y a torno con pintura" (11). Esta última, creemos, es la denominada cerámica celtibérica, típica de los yacimientos celtiberizados de la Meseta Norte, cuya producción parece iniciarse a fines del s. III aC., pero que solamente se generaliza a partir del segundo cuarto de la centuria siguiente (12). Este elemento vendría a corroborar que la muralla es posterior al siglo III aC.

En nuestro intento de obtener una cronología, al menos relativa, aplicaremos en segundo lugar un criterio *tipológico*. Efectivamente, en la muralla interna de Monte Bernorio observamos la existencia de ángulos. Concretamente, en el denominado Castillete, la muralla se engrosa en el interior y crece en altura, formando una especie de torre de planta trapezoidal (13). Así pues, hallamos una importante diferencia respecto al resto de las defensas y, en general, respecto a la mayoría de las murallas de los castros meseteños, que serían —al menos inicialmente— de paramentos lisos, en cinta continua y sin cuerpos salientes (14).

7. SAN VALERO, 1966, pp. 16-18 y figs. 2-3.

8. *Ibidem*, fig. 3 y p. 38.

9. SCHÜLE, 1969, pp. 111-112 y 289-291 y láms. 140, 1 y 4; 146. 5 y 6.

10. *Ibidem*, cuadro cronológico.

11. SAN VALERO, 1966, pp. 16 y 38-39.

12. WATTENBERG, 1963, pp. 33-34.

13. SAN VALERO, 1966, pp. 18-23; figs. 2, 4 y 5.

14. MALUQUER, 1959, p. 144.

La construcción de torreones, cuerpos destacados, etc., en poblados amurallados de la Edad del Hierro de la Europa Occidental parece hallarse en relación con el mundo mediterráneo, como ha señalado Savory, quien en una consideración global de ciertos yacimientos —de Gales y del Sur de Francia, junto al ya clásico Heuneburg— sugiere que dichas construcciones evidencian el impacto de la arquitectura militar de las más antiguas culturas urbanas del Mediterráneo (15). Las estructuras similares existentes en castros mesetños podrían haber surgido igualmente a partir de modelos del área mediterránea.

Así, partiendo de modelos griegos surgirían en la Península ciertas fortificaciones ibéricas, como vemos en el caso de Ullastret (16). Y éstas (17) o, mejor, los recintos fortificados béticos, podrían ser, a su vez, fuente de inspiración para la arquitectura castreña de la Meseta. De tales recintos béticos, algunos podrían haberse iniciado en el s. IV aC., siendo otros construidos por el propio Aníbal (18).

Sin embargo, hace pocos años G. Ruiz Zapatero ha puesto en duda tales influjos mediterráneos, proponiendo en cambio que estas modalidades constructivas que buscan tiros cruzados son de origen continental y más antiguo (19). Algo similar parecen decir Belén, Balbín y Fernández Miranda, que fechan la muralla con codos de Castilviejo de Guijosa hacia los siglos VII-VI aC. (20).

Finalmente, un punto de vista ligeramente distinto es el sustentado por Almagro Gorbea, quien, refiriéndose a fortificaciones semejantes de la Submeseta Meridional reconoce dos influjos distintos: uno, mediterráneo, patente en las murallas ciclópeas; en cambio, otros poblados evidencian, en opinión de este autor, una influencia de La Tène, llegada a través de la Submeseta Norte (21). Almagro Gorbea señala explícitamente el caso de la puerta acodada del castro de Valdepeñas (22).

15. SAVORY, 1975, p. 82.

16. MALUQUER, 1976, p. 20.

17. Por ejemplo, Azaila (BELTRAN, 1976, p. 132), El Poyo del Cid (BURILLO, 1980, p. 156); La Escuera, El Puig y otros yacimientos alicantinos (LLOBREGAT, 1976, pp. 75-77); y en la porción ibérica del S. de Francia, Pech Maho (SOLIER, 1978, p. 230).

18. FORTEA y BERNIER, 1970.

19. RUIZ ZAPATERO, 1977, p. 90.

20. BELEN, BALBIN y FDEZ. MIRANDA, 1978.

21. ALMAGRO GORBEA, 1978, pp. 136 y 145-146.

22. *Ibidem*, p. 136.

De este modo, tenemos actualmente varias posibilidades, no necesariamente contradictorias, para explicar la presencia de las estructuras angulosas que nos ocupan.

A falta de estudios más detallados —que han de incluir trabajos planimétricos— creemos que la muralla del recinto interno de Monte Bernorio puede ser comparada con la del tercer recinto de la Mesa de Miranda, en Chamartín de la Sierra (Avila), cuya construcción —sobre el cementerio de La Osera— podría haber estado relacionada con la expedición de Anibal contra Helmántica y Arbocala (23) o, mejor aún, como sugiere Martín Valls, con la campaña de L. Postumio, que tuvo lugar en el 179 aC. y debió tener mayor impacto en la zona que la *razzia* de Aníbal (24). Si admitimos para este tercer recinto del castro abulense una raíz sureña —y no podemos olvidar la presencia en las sepulturas de La Osera de falcatas (tumbas 370 y 394), placas de cinturón tipo Verdolay (tumba 350), etc. la novedad arquitectónica que comentamos, que se iría difundiendo hacia el norte, llegaría al borde septentrional de la Meseta probablemente ya avanzado el s. II, lo que vendría a apoyar las deducciones basadas en la estratigrafía (25).

A este respecto señalaremos que en el ámbito cántabro, al que corresponde Monte Bernorio, ha sido excavado el castro de Celada Marlantes (26), para el que se ha propuesto una datación en los siglos II-I aC. Pues bien, en Celada Marlantes apareció una muralla de aparejo similar al de Monte Bernorio, y en la que deben existir también estructuras con ángulos (27).

De todas formas, y teniendo en cuenta la posible existencia de un entramado de madera, del que luego nos ocuparemos, no debemos descartar que la torre angulosa de Monte Bernorio responda a un influjo de la cultura de La Tène.

Hasta ahora no ha sido posible establecer la cronología absoluta de la muralla a que nos referimos. A falta, por ejemplo, de datación

23. CABRE *et alii*, 1950, p. 203; BALIL, 1971, p. 16.

24. MARTIN VALLS, en prensa.

25. El paralelismo con Chamartín podría verse reforzado teniendo en cuenta que una de las entradas del Bernorio, la que da acceso al recinto interno, presenta cierta similitud con la del tercer recinto del castro abulense: la muralla se interrumpe varios metros; cubriendo el hueco, se levanta un muro paralelo a la muralla y ligeramente retrasado respecto a ella, que deja, a izquierda y derecha, dos entradas perfectamente controladas.

26. GARCIA GUINEA y RINCON, 1970.

27. *Ibidem*, p. 17.

radiocarbónica, la única posibilidad de afinar la cronología propuesta estaría en una eventual relación de las defensas del yacimiento con acontecimientos descritos en las fuentes clásicas. Sin embargo, la aplicación de este criterio *histórico-arqueológico*, que parece válida para el tercer recinto de Chamartín o para la reparación de la muralla de Sabroso, no resulta factible en Monte Bernorio.

Las fuentes escritas relativas al mundo cántabro relatan acontecimientos fundamentalmente de finales del s. I aC., si bien Livio señala que Lúculo sometió a los cántabros en el 151 aC., aserto puesto en duda por Schulten (28), ya que otros historiadores romanos desconocen tal hecho. De todas formas, aunque fuese cierto el dato, tampoco podríamos concluir que fue la expedición de Lúculo lo que motivó la construcción de las murallas —o, al menos, de la interna— de Monte Bernorio, ya que anteriormente fueron frecuentes los conflictos entre los cántabros y sus vecinos meridionales, los vacceos, a quienes aquellos molestaban con sus saqueos (29).

Lo más probable es que la muralla haya sido erigida en el s. II, o incluso en el I aC., con anterioridad a las operaciones militares romanas (30), lo que parece coincidir con lo observado en Celada Marlantes.

Para terminar, hemos de volver sobre el problema de los recintos: siendo la muralla interna de época bastante reciente, ¿se confirmaría que el recinto interno es más moderno? ¿O habrá que suponer que todas las defensas del Bernorio y, en general, de los castros de esta zona, son bastante tardías?. De ser así, en la vida de los poblados de este borde norte de la Meseta habrían existido dos fases: una primera, sin murallas, que podría ir desde un hipotético Bronce Final hasta un momento avanzado de la Edad del Hierro; y otra, ya con esa protección, relacionable quizá con el fenómeno de la celtiberización de la Meseta (31).

28. SCHULTEN, 1962, p. 31.

29. *Ibidem*, p. 139 (textos de Floro y Orosio).

30. Sólo han aparecido escasísimos fragmentos de sigillata, al parecer entre la tierra vegetal (SAN VALERO, 1966, pp. 16 y 18).

31. Quizá convenga profundizar en la opinión de Wattenberg, para quien lo celtibérico presenta un fondo cultural de La Tène II (WATTENBERG, 1960, pp. 161-162).

c) *El entramado de madera.*

Uno de los hechos más interesantes que hemos creído advertir en la Memoria de excavaciones de Monte Bernorio es la posible existencia de un entramado de madera. Efectivamente, la construcción antes citada, denominada Castillete, fue reforzada, en un momento impreciso, con otro muro en el que aparecen dos hileras de huecos que, por su aspecto, correspondieron probablemente a maderos insertos perpendicularmente al muro (32). Sería necesario realizar varios cortes en esta estructura —y en otros puntos de la muralla— a fin de esclarecer las particularidades constructivas y comprobar si, como se presume, existió un entramado de madera.

De confirmarse esto, estaríamos ante una técnica hoy por hoy excepcional en la Península Ibérica, donde no conocemos ningún paralelo, si bien Llanos sospecha la utilización de ramaje, troncos, etc. en algunos castros alaveses (33). Esta excepcionalidad podría deberse simplemente a la deficiente información de que disponemos acerca de la arquitectura defensiva, y excavaciones metódicas podrían tal vez depararnos otros casos similares. No debe olvidarse la cita de Apiano sobre el incendio de las murallas de Pallantia (34).

A falta de paralelos peninsulares, nuestros únicos puntos de referencia se encuentran allende los Pirineos. En efecto, en Europa Central y Occidental hay un importante número de yacimientos con fortificaciones que utilizan la madera en mayor o menor medida. Entre los diversos tipos se hallan el *timber-framed*, que utiliza la madera exclusivamente; el tipo *Preist*, con el paramento externo constituido por tramos de mampostería separados por postes verticales de madera; o el más conocido, el *murus gallicus*, descrito por César, con dos muros paralelos engarzados por vigas de madera transversales que se unen a otras longitudinales mediante clavos de hierro.

32. SAN VALERO, 1966, p. 21 y fig. 5.

33. LLANOS, 1974, p. 140.

34. Schulten, comentando esta fuente (Apiano, I, 112), se inclinaba por la existencia en Pallantia de una muralla construida a base de adobes y troncos.

En el mismo ámbito geográfico de la cultura vaccea, pero correspondiente a un momento anterior, tendríamos una muralla mixta, de adobes y estacas de madera, en el poblado vallisoletano del Soto de Medinilla (PALOL, 1964).

En conexión con este último tipo existe otro, que podría ser más interesante para nosotros, el *devolved Avaricum*, con vigas transversales solamente, como parece ser el caso de Monte Bernorio (35).

Para explicar el desarrollo de estas murallas con elementos de madera, seguramente ha de acudirse, como ya señalara Piggott, a los poblados *lusacianos* de los C. U. Recientes de Centroeuropa (36), siendo Savory de la misma opinión (37). De las diversas variantes empleadas en Lausitz, parece más interesante el tipo *d* de Coblenz, con paramentos de piedra, relleno de piedras y tierra, y armazón de madera (38). De aceptarse el origen centroeuropeo (39) de las fortificaciones con elementos de madera, ¿en que circunstancias habrían llegado a la Península Ibérica? Otro británico, Hamilton, alude a la cuestión, recurriendo a los clásicos movimientos célticos.

Este autor ha realizado un interesante esquema de distribución zonal de las fortificaciones de la Edad del Hierro europea, partiendo de los condicionantes topográficos, litológicos, etc. Así, distingue Hamilton tres zonas: la llanura nordeuropea (I), desde Polonia hasta el N. de Francia; la de las Tierras Altas (II), de los Cárpatos al Macizo Central; y la zona Alpina (III), desde Austria a los Alpes Marítimos. En la primera, la poca consistencia de los materiales cuaternarios habría impuesto el uso de la madera como soporte o armazón; en la segunda, rocosa y boscosa, se habrían desarrollado murallas mixtas de madera y piedra y también las de piedra solamente; y finalmente, en la zona III se habría producido una especialización en la construcción a base de piedra en seco. Las técnicas de edificación *en piedra* de las zonas II y III habrían llegado hasta nosotros, a través de Francia, "...con el movimiento de las tribus célticas en los siglos VIII-VII a.C." (40).

Dado que el conocimiento acerca de las defensas castreñas es superficial, a causa de la aludida falta de excavaciones, resulta difi-

35. Para estas cuestiones tipológicas, *vid.* COLLIS y Mc LAREN, 1976, pp. 135-137; AVERY, 1976, pp. 10-14 y p. 363, fig. 3; CUNLIFFE, 1974, pp. 233-238 y figs. 13.4 y 5.
36. PIGGOTT, 1973, pp. 202-202.
37. SAVORY, 1975, p. 82.
38. COBLENZ, 1971, p. 717, fig. 2. Estas fortificaciones de Lausitz podrían tener como precedente las de poblados de la cultura Otomani-Madarovce, p. ej., Nitranski Hrádok, en Eslovaquia (COLES y HARDING, 1979, p. 78).
39. Queremos decir origen inmediato, ya que Centroeuropa pudo recibirlo, a su vez, del Próximo Oriente, p. ej., Troya II, como apuntaba el propio Piggott (PIGGOTT, 1973, p. 204). *Vid.* HARBISON, 1971, p. 219.
40. HAMILTON, 1971, p. 848.

cil relacionarlas con las de los yacimientos europeos, por lo que la afirmación de Hamilton era apenas intuitiva.

Hace algunos años, K. Spindler dio a conocer un castro salmantino, el de Valero, con una muralla "mit Steinpfoften", que vendría a ser una derivación, totalmente realizada en piedra, del tipo Preist del otro lado del Pirineo (41). En realidad, hace cincuenta años que Cabré tuvo en cuenta la posibilidad de que en Las Cogotas hubiese, no sólo paramentos reforzados, sino incluso paramentos múltiples, como algunos casos que el conocía en Francia y Alemania (42), y que, en efecto, serían hallados más tarde en La Mesa de Miranda (43). Estas citas de Cabré han pasado desapercibidas hasta ser retomadas por Martín Valls (44), quien añade otro castro soriano conocido desde antiguo (45). Precisamente en el área soriana parece haber algún caso más de este tipo (46).

La sospecha de Hamilton, que estos hallazgos vendrían a confirmar, se refería solamente a la difusión de las técnicas constructivas a base de piedra en seco. Ahora, a la vista de los datos de Monte Bernorio, quizá también podamos incluir las construcciones con entramados de madera entre las aportaciones de la "zona II" a la Península Ibérica.

Para profundizar en esto, habría que dirigir la atención hacia los yacimientos franceses, lógicamente. Sin embargo, en la mayoría de los casos no se conoce bien la estructura de las murallas, por falta de trabajos realizados expresamente con este fin. Es ciertamente frecuente el *muris gallicus* (47), pero escasean las citas de otros tipos de muralla con elementos de madera (48). Es más a veces no se distinguen bien las diversas modalidades, llegándose a hablar de "muris gallicus de tipo Preist" (49), lo que dificulta la búsqueda de paralelos.

41. SPINDLER, 1970.

42. CABRE, 1930, pp. 30-31.

43. CABRE *et alii*, pp. 19 y 26.

44. MARTIN VALLS, 1971, p. 128.

45. TARACENA, 1941, p. 47.

46. Información que agradecemos a F. Romero Carnicero, que prepara su tesis doctoral sobre la Edad del Hierro de dicha zona.

47. WHEELER y RICHARDSON, 1957; GUILAINE, 1976: el *muris gallicus* es citado en diversas localidades de Provenza (p. 671), Les Causses (p. 692), Mazon Central (p. 748), Centro-Oeste (p. 776), Cuenca de París (p. 800), Normandía (p. 811) y Alsacia-Lorena (p. 844); COLLIS y Mc LAREN, fig. 3.

48. GUILAINE, 1976, pp. 744 y 844.

49. *Ibidem*, p. 823.

Con todo, parece perfectamente viable la llegada de esta técnica constructiva del otro lado del Pirineo, ya que, a pesar de los mencionados problemas, la presencia de elementos de madera en las murallas de los poblados franceses de la Edad del Hierro es un hecho comprobado e incluso abundante.

La importancia de la cuestión es notable: el caso de las construcciones con entramados de madera puede compararse a los de las *piedras hincadas* o de las *fíbulas simétricas*, que acaso ayuden a precisar las relaciones de nuestras culturas meseteñas de la Edad del Hierro con áreas concretas de Europa Occidental (50).

Conclusión.

Hasta ahora, partiendo de los hallazgos "clásicos" venía pensándose en Monte Bernorio como una representación del mundo cántabro antiguo, de los siglos IV-III (51), aunque San Valero había propuesto una datación entre los siglos III y I aC. (52). Creemos que de las excavaciones practicadas por este autor en 1959 puede deducirse una cronología avanzada para la muralla interna, es decir, la existencia de, al menos, dos fases, la segunda de las cuales sería contemporánea de Celada Marlantes y, quizá, de la ocupación más antigua, prerromana, de Monte Cildá.

Es de lamentar que no haya aparecido el trabajo más amplio, el "estudio arqueohistórico" de Monte Bernorio que el Prof. San Valero anunciara (53), donde podrían aclararse muchos aspectos por ahora oscuros. De todos modos, parecen necesarias nuevas excava-

50. Desde luego, cabe plantearse, en todos estos casos, la posibilidad de que estemos ante fenómenos de convergencia, de inventos surgidos independientemente en diversos focos de la P. Ibérica y de la Europa centro-occidental, hipótesis prácticamente excluida para las piedras hincadas (HARBISON, 1971, p. 220) o sostenida minoritariamente para las fíbulas de doble pie simétrico (RADDATZ, 1969, pp. 134-139 y 152-153). Respecto a las defensas con entramado de madera, su escasez y sus especiales características técnicas quizá avalen una interpretación de corte difusionista.

Por cierto, que de los dos *oppida* franceses con piedras hincadas o equivalentes, en el de Pech Maho hay torres de planta cuadrilátera en la muralla; y en el de Fou de Verdún, un entramado de madera. (HARBISON, 1971, pp. 219-220).

51. GARCIA GUINEA *et alii*, 1966, pp. 19-20; GARCIA GUINEA *et alii*, 1973, p. 7.

52. SAN VALERO, 1944, p. 39.

53. IDEM, 1966, pp. 8, 9 y 14.

ciones encaminadas a resolver problemas, entre ellos los aquí planteados, de cara a un mejor encuadre de un yacimiento de la importancia del Bernorio.

Por último, un breve comentario acerca de los influjos culturales contrapuestos a que repetidamente hemos aludido: en el caso de Monte Bernorio, ciertos elementos podrían tener su origen en la cultura de La Tène o en el área mediterránea; algo parecido sucede con ciertos castros de la Submeseta Meridional, para los que pueden postularse influencias sureñas y/o de La Tène (54). Por desgracia carecemos de un estudio de conjunto sobre los materiales de La Tène en nuestra península, pero —aunque sólo sea una mera impresión— cabría señalar que algunos elementos de dicha cultura podrían habernos llegado por mar, o mejor, a través del mundo ibérico. De ahí que quizá las hipótesis mencionadas no deban ser consideradas siempre como excluyentes.

54. Hasta para la singular técnica constructiva de la muralla del citado Castillo Viejo de Valero, Spindler propone igualmente una posible doble procedencia, centroeuropea... o del mundo púnico.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1978): *La iberización de las zonas orientales de la Meseta*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 93-156.
- AVERY, M. (1976): *Hillforts of the British Isles*, en HARDING, 1976, pp. 1-58.
- BALIL, A. (1971): *Casa y urbanismo en la España Antigua*, BSAA, XXXVII, pp. 5-84.
- BELEN, M., BALBIN, R. y FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1978): *Castilviejo de Guijosa (Sigüenza)*, Wad-Al-Hayara, 5, Guadalajara, pp. 63-87.
- BELTRAN LLORES, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá (Azaila)*, Zaragoza.
- BURILLO MOZOTA, F. (1980): *El valle medio del Ebro en época ibérica*, Zaragoza.
- CABRE, J. (1930): *Excavaciones de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila)*. I. El Castro, Mem. JSEA, 110.
- CABRE, J.; CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO, A. (1950): *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, AAH, V.
- COBLEZ, W. (1971): *Zur frage der Befestigten Siedlungen der Lausitzer Kultur*, Actes du VII Congrès UISPP (Prague 1966), Praga, pp. 715-719.
- COLES, J. M. y HARDING, A. F. (1979): *The Bronze Age in Europe*, Londres.
- COLLIS, J. R. y Mc LAREN RALSTON, I. B. (1976): *Late La Tène Defences*, Germania, 54, 1, pp. 135-146.
- CUNLIFFE, B. (1974): *Iron Age Communities in Britain*, Londres.
- FORTEA, F. J. y BERNIER, S. (1970): *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*, Memorias del Seminario de Preh.^a y Arq.^a, Salamanca.
- GARCIA GUINEA, M. A.; GONZALEZ ECHEGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J. A. (1966): *Excavaciones en Monte Cildá. Olleros de Pisuerga (Palencia)*. Campañas de 1963-65, EAE, 61.
- GARCIA GUINEA, M. A. y RINCON, R. (1970): *El asentamiento cántabro de Celada Marlanges (Santander)*, Inst.^o de Preh.^a y Arq.^a Sautuola, Santander.
- GARCIA GUINEA, M. A.; IGLESIAS GIL, J. M. y CALOCA, P. (1973): *Excavaciones de Monte Cildá. Olleros de Pisuerga (Palencia)*. Campañas de 1966 a 1969, EAE, 82.
- GUILAINE, J. (ed.) (1976): *La Préhistoire Française. II. Les Civilisations Néolithiques et Protohistoriques de la France*, París.
- HAMILTON, J. (1971): *The origin and development of Iron Age Forts in Western Britain*, Actes du VII Congrès UISPP (Prague 1966), Praga, pp. 846-852.
- HARBISON, P. (1971): *Wooden and Stone Chevaux-de-Frise in Central and Western Europe*, PPS, XXXVII, pp. 195-225.

- HARDING, D. W. (ed.) (1976): *Hillforts. Later Prehistoric Earthworks in Britain and Ireland*, Londres-Nueva York-San Francisco.
- HAWKES, C. F. C. (1971): *North-Western Castros: Excavation, Archaeology and History*, Actas do II Congresso Nacional de Arqueología, I, Coimbra, pp. 283-287.
- LLANOS, A. (1974): *Urbanismo y arquitectura en poblados alaveses de la Edad del Hierro*, EAA, 6, pp. 101-146.
- LLOBREGAT, E. (1976): *Iniciación a la arqueología alicantina*, Alicante.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1959): *Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta*, I SPPI, Pamplona, pp. 125-149.
- (1976): *Panorama general de la problemática sobre el urbanismo prerromano de la Península Ibérica*, Simposión de Ciudades Augusteas, Zaragoza, pp. 7-27.
- MARTIN VALLS, R. (1971): *El castro del Picón de la Mora (Salamanca)* BSAA, XXXVII, pp. 125-144.
- (en prensa): *Protohistoria y romanización de los Vettones*.
- PALOL, P. de (1964): *La muralla céltica del poblado de "El Soto de Medinilla"*, VIII CNArq (Sevilla-Málaga 1963), Zaragoza, pp. 275-276.
- PIGGOTT, S. (1973): *Ancient Europe*, Edimburgo.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel vom Ende des dritten zur bis mitte des ersten Jahrhunderts vor Chr. geb.*, MF, 5.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1977): *Fortificaciones del castro hallstático de Valdeavellano (Soria)*, Celtiberia, 53, Soria, pp. 83-92.
- SAN VALERO APARISI, J. (1944): *Excavaciones arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). Primera Campaña - 1943*, Inf. Mem. CGEA, 5.
- (1966): *Monte Bernorio. Aguilar de Campoo (Palencia). (Campaña de 1959)*, EAE, 44.
- SAVORY, H. N. (1975): *Algunas influencias del Mediterráneo Occidental en la temprana Edad del Hierro de Gales*, CPAC, 2, pp. 81-86.
- SCHUBART, H. (1961): *Atlantische Niettenkessel von Pyrenäenhalbinsel* MM, 2, pp. 35-54.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, MF, 3.
- SCHULTEN, A. (1942): *Castros prerromanos de la región cantábrica*, AEArq, XV, pp. 1-16.
- (1962): *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid.
- SOLIER, Y. (1978): *La culture ibero-languedocienne aux VIe-Ve siècles*, Ampurias, 38-40, Barcelona, pp. 211-264.
- SPINDLER, K. (1970): *Eine eisenzeitliche Befestigung mit Steinpfeilspitzen von Castillo Viejo (prov. Salamanca)*, MM, 11, pp. 110-121.
- TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España*. Soria, Madrid.
- WATTENBERG, F. (1960): *Los problemas de la cultura celtibérica*, I SPPI, Pamplona, pp. 151-177.
- (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, BPH. IV.
- WHEELER, R. E. M. y RICHARDSON, K. M. (1957): *Hill-forts of Northern France*, Londres,

ABREVIATURAS EMPLEADAS

AAH	Acta Arqueologica Hispanica. Madrid.
AEArq.	Archivo Español de Arqueología. Madrid.
BPH	Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid.
BSAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Valladolid.
CNArq.	Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza.
CPAC	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense. Castellón.
EAA	Estudios de Arqueología Alavesa. Vitoria.
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
Inf. Mem. CGEA	Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Madrid.
Mem. JSEA	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas. Madrid.
MF	Madrider Forschungen. Berlin.
MM	Madrider Mitteilungen. Heidelberg.
PPS	Proceedings of the Prehistoric Society. Londres.
SPPI	Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica.
UISPP	Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques.